

## Nagorno Karabaj: ¿fin de una tensa calma?

Carlos LARRINAGA

Historiador

Ha comenzado el mes de abril con la reanudación de un conflicto que estaba prácticamente olvidado. El hecho de que durante varios días se haya roto la tregua existente entre el Nagorno Karabaj (o Artsakh) y Armenia, por un lado, y Azerbaiyán, por otro, ha puesto de nuevo sobre la mesa uno de los tantos problemas territoriales y étnicos derivados de la desintegración de la Unión Soviética. Su desmembramiento dio origen tanto a un buen número de estados, como a la aparición de demarcaciones que no encontraban su acomodo en el nuevo diseño de naciones. El caso de Chechenia, con dos cruentas guerras a sus espaldas, puede ser el más significativo de todos ellos y posiblemente el que más quebraderos de cabeza ha supuesto para el Kremlin. Recientemente saltó a la esfera internacional la península de Crimea, incorporada a Rusia tras la celebración de un referéndum en pleno colapso del sistema político ucraniano. Pero, siendo éstas realidades conocidas por el gran público, lo cierto es que hay otras muchas que debemos considerar. Ahí tenemos el ejemplo de la rusófona Transnistria, que, gracias al apoyo de Moscú, sobrevive prácticamente al margen de Moldavia. Por su parte, en 2008 fueron noticia las regiones de Abjasia y Osetia del Sur (pertenecientes formalmente a Georgia, pero, de facto, independientes de Tiflis), por la pugna que este último país sostuvo con Rusia al tratar de recuperar un mayor control sobre las mismas.

Siendo éstos unos enfrentamientos localizados y en los que Moscú tiene un protagonismo especial, la situación en Nagorno Karabaj es, desde el punto de vista de su trascendencia política, bien distinta. Aunque las hostilidades empezaron en 1988, fue con la desaparición de la URSS, entre 1991 y 1994, cuando Armenia y Azerbaiyán se enzarzaron violentamente por hacerse con esta provincia. La cual, durante el periodo soviético, había pertenecido a Azerbaiyán. Mientras pervivió la “ciudadanía soviética” y una entidad unificada, las apelaciones de tipo nacional estuvieron más o menos larvadas. Sin embargo, con las reformas de Gorbachov, e incluso antes, el nacionalismo, y a veces la religión, se convirtió en el expediente esgrimido por los nuevos dirigentes políticos, muchos de ellos provenientes del antiguo Partido Comunista. La Unión Soviética, como antaño el Imperio ruso, se había convertido en una cárcel de pueblos que vieron, con el hundimiento de aquella, un posible renacimiento. Pues bien, cuando Armenia y Azerbaiyán se independizaron, ambas partes se enfrentaron por el Alto Karabaj, con una población mayoritariamente armenia que no deseaba seguir bajo el yugo de Bakú.

Los seis años de combates se saldaron con cerca de 30.000 muertos y varios centenares de miles de desplazados. Hay que decir que si hasta entonces los azeríes eran minoría, hoy en día son casi inexistentes. Con un balance tan trágico, se firmó una tregua en 1994, que, aunque pudo parar la carnicería, no logró mejorar los lazos entre los dos vecinos. Al contrario, sus fronteras están selladas y todavía en la carretera que parte de Ereván hacia el sueste se mantiene el terraplén que durante los años bélicos la protegió de los disparos del ejército de Azerbaiyán. A este respecto, la línea que separa Artsakh de esta república es de las más militarizadas del planeta. De ahí que cualquier provocación o descuido pueda derivar en un grave incidente como el sucedido hace unos días. En el marco de aquella refriega se celebró una consulta sobre la independencia, ganando el voto afirmativo de manera aplastante, auto-proclamándose en 1992 la República de la Montañosa Karabaj. República no reconocida por ningún miembro de la ONU. Ni siquiera por Armenia, que la considera casi como propia, aunque hasta la fecha no se ha llevado a cabo anexión alguna, por miedo a un incidente internacional a gran escala.

En este sentido, hay que recordar que este asunto tiene una dimensión internacional ineludible. Ya que detrás de Armenia y Azerbaiyán están Rusia y Turquía, respectivamente. Durante el genocidio armenio llevado a cabo en tiempos de la Primera Guerra Mundial, fueron los rusos quienes más ayuda les prestaron frente a Estambul. Pues bien, si durante el siglo XIX las relaciones con los otomanos nunca habían sido especialmente buenas, el affaire armenio no hizo sino empeorarlas. En su condición de cristiano, el zar decidió acudir en auxilio de los asimismo

cristianos armenios. Por su parte, los azeríes, población predominante de Azerbaiyán, son de la misma familia étnica que los turcos. No en vano Azerbaiyán pertenece al Consejo Túrquico, lo que fortalece sobremanera su alianza. Por eso, cuando se rompió la tregua, mientras Erdogan se posicionó rápidamente a favor de Bakú, para malestar de Moscú, Putin solicitó un alto el fuego de inmediato. Y es que una deriva de esta naturaleza en ese área tendría consecuencias desastrosas no sólo para el Cáucaso, sino también para Europa y el Próximo Oriente. En un momento en que los vínculos entre Turquía y Rusia están bajo mínimos por la cuestión de Siria, un nuevo frente en Nagorno Karabaj podría desencadenar una conflagración que nadie quiere. Un ataque de Azerbaiyán podría poner en marcha la alianza militar que tienen firmada Armenia y Rusia, lo que supondría un enfrentamiento con Turquía, que, a la vez, es socio de la OTAN. A expensas, asimismo, de lo que hiciera Irán, cuyas conexiones con Azerbaiyán son tensas por las veleidades de ésta con Israel. Demasiado peligroso, por tanto, como para que la tensa calma que ha reinado durante todas estas décadas se rompa definitivamente. Sin duda, los intereses de Moscú y Ankara están muy por encima de los de armenios, azerbaiyanos y, por supuesto, karabajíes.

10 de abril de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 18 de abril de 2016, p. 18